

LIBRO SÉPTIMO

PARÉNTESIS

I

EL CONVENTO, IDEA ABSTRACTA

Este libro es un drama cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

Partiendo de este principio, y habiendo encontrado un convento en nuestro camino, hemos debido penetrar en él. ¿ Por qué ? Porque el convento, que es propio del Oriente como del Occidente, de la antigüedad como de los tiempos modernos, del paganismo, del boudhismo, del mahometismo, como del cristianismo, es uno de los aparatos de óptica aplicados por el hombre al infinito.

No es este el lugar de desenvolver ciertas ideas más allá de la medida que conviene á un libro de esta naturaleza; sin embargo, sin dejar de mantener absolutamente nuestras reservas, nuestras restricciones, y aún nuestras indignaciones, — debemos decirlo, — siempre que llamamos en el hombre al infinito, bien ó mal comprendido, nos sentimos llenos de un profundo respeto. Hay en la sinagoga, en la mezquita, en la pagoda, en el wigwam, un lado horrible que execramos, y un lado sublime que adoramos. ! Qué contemplacion para el espíritu y qué dulce enseño, qué dilirio sin fondo! la reverberacion de Dios en la pared humana.

II

EL CONVENTO, HECHO HISTÓRICO

Bajo el punto de vista de la historia, de la razon y de la verdad, el monaquismo está condenado.

Cuando en una nacion abundan los monasterios, son otros tantos nudos que obstruyen la circulacion, establecimientos que estorban, centros de pereza allí donde se necesitan centros de trabajo. Las comunidades monásticas son á la gran comunidad social, lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga es al cuerpo humano. Su prosperidad y su robustez son el empobrecimiento del país. El régimen monacal, bueno al principio de las civilizaciones. útil para producir la reduccion de la brutalidad por la espiritualidad, es malo para la virilidad de los pueblos. Además, cuando se relaja, y entra en su pe-

riodo de desarreglo, como co tinúa dando el ejemplo, se hace malo per todas las razones que le constituian saludable en su período de pureza.

Los claustros concluyeron ya su época. Útiles á la primera educacion de la civilizacion moderna, han sido molestos y embarazosos para su crecimiento, y son nocivos para su completo desarrollo. Como institucion, como un modo de formacion para el hombre, los monasterios, buenos en el siglo diez, discutibles en el décimoquinto, son ya detestables en el siglo diez y nueve. La lepra monacal ha llegado casi hasta á corroer y descarnar el esqueleto de dos admirables naciones, la Italia y la España, luz la una, y la otra esplendor de la Europa durante muchos siglos, y, en la época en que nos hallamos, esos dos pueblos ilustres no comienzan á reponerse sino gracias á la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, particularmente el antiguo convento de mujeres, tal cual aparece aún á principios del presente siglo en Italia, en Austria, en España, es una de las más sombrías concreciones de la edad média. El claustro, ese claustro, es el punto de interseccion de los terrores. El claustro católico propiamente dicho, está todo él lleno de la negra irradiacion, del siniestro resplandor de la muerte.

Sobre todo, el convento español es fúnebre. Allí se elevan en la oscuridad, bajo unas bóvedas llenas de bruma, bajo cúpulas vagas á fuerza de sombra, babélicos altares macizos, altos como catedrales; pendientes de cadenas vense en las tinieblas inmensos crucifijos blancos; grandes Cristos de marfil muéstranse desnudos sobre el ébano; más bien que ensangrentados, chorreando sangre; pavorosos y magníficos, con los codos enseñando los huesos, las rótulas mostrando los tegumentos, las llagas dejando ver las carnes, coronados de espinas de plata, en-

clavados con clavos de oro, rubíes representando gotas de sangre en la frente, y diamantes figurando lágrimas en las mejillas y en los ojos. Aquellos diamantes y aquellos rubíes parecen mojados, y hacen llorar abajo, en la sombra, á unas criaturas cubiertas con velo negro que tienen los ijares martirizados por el cilicio y por las disciplinas con puntas de hierro, los pechos aplastados por zarzos de mimbre, las rodillas desolladas por la oracion en esa actitud; mujeres que se creen esposas; espectros que se creen serafines. ¿Aquellas mujeres piensan por ventura? no. ¿Tienen una voluntad? no. ¿Tienen amor? no. ¿Tienen vida? no. Sus nervios se han convertido en huesos; sus huesos se han transformado en piedras. Su velo es la noche tejida. Su aliento bajo aquel velo se parece á no sé qué trágica respiracion de la muerte. La abadesa, una larva, las santifica y las aterra. La inmaculada está allí, huraña é insociable. Tales son los viejos monasterios de España. Guardadas de la devocion terrible, antros de vírgenes, mansiones feroces.

La España católica era más romana que la misma Roma. El convento español era por excelencia el convento católico. Traslucíase allí el Oriente. El arzobispo, kislaraga del cielo, echaba los cerrojos y espiaba aquel serrallo de almas reservadas á Dios. La monja era la odalisca, y el sacerdote el eunuco. Las más fervientes eran escogidas en sueños, y poseian á Cristo. Por la noche, el hermoso jóven desnudo descendia de la cruz, y era el éxtasis de la celda. Altas murallas guardaban contra toda distraccion viviente á la sultana mística que tenía al crucificado por sultan. Una sola mirada del exterior era una infidelidad. El *in pace* reemplazaba al saco de cuero. Lo que en Oriente se arrojaba al mar, se arrojaba á la tierra en Occidente. En ambas partes habia mujeres torciéndose los brazos; para unas la onda, para otras la fosa;

allí las ahogadas, aquí las enterradas. Paralelismo monstruoso.

Los defensores del pasado, no pudiendo negar tales cosas, han tomado hoy el partido de sonreírse al escucharlas. Hase puesto á la moda una manera cómoda y extraña de suprimir las revelaciones de la historia, de infirmar los comentarios de la filosofía, y elidir todos los hechos embarazosos y todas las cuestiones sombrías. *Materia de declamaciones*, dicen los hábiles. Declamaciones, repiten los necios. Juan-Jacobo, declamador; Diderot, declamador; yo no sé quién ha encontrado últimamente que Tácito era un declamador, que Neron era una víctima, y que decididamente era menester compadecerse « de ese pobre Holofernes ».

Sin embargo, los hechos son muy difíciles de desconcertar, y muestran siempre una grande obstinacion. El autor de este libro ha visto, con sus propios ojos, á ocho leguas de Brusélas, donde todo el mundo puede aún ver, pues que están á la mano, señales evidentes de lo que era esa vida en la edad média, en la abadia de Villers, *la fosa del olvido*, en medio del prado que fué patio del claustro, y, á orillas del Dyle, cuatro calabozos de piedra, mitad bajo la tierra, mitad bajo el agua. Estos eran los *in pace*. Cada uno de los calabozos conserva un resto de puerta de hierro, una letrina, y una claraboya enrejada, que, por la parte de fuera, está á dos piés sobre el nivel de rio, y por dentro, á seis piés por bajo del suelo. Cuatro piés de agua corren exteriormente á lo largo de la pared del calabozo, cuyo suelo está siempre mojado. Esta tierra mojada servia de lecho al habitante del *in pace*. En uno de estos calabozos, hay todavía un trozo de argolla (*carcan*) empotrado en la pared; en giro se ve una especie de caja cuadrada hecha con cuatro losas de granito, demasiado corta para acostarse en ella, demasiade

baja para incorporarse de pié. Allí introducian un sér viviente, cubriéndole enteramente con una tapa de piedra. Esto existe, y se puede ver aún y palpar. Esos *in pace*, esos calabozos, esos goznes de hierro, esas argollas, esa alta claraboya al nivel de la cual corre el rio, esa caja de piedra cerrada con su tapadera de granito como una tumba egipcia, con la diferencia de que aquí el muerto era un viviente, ese suelo que es un verdadero lodazal, ese hoyo que servia de letrina, esas paredes re-udando agua, qué declamadores!

III

CON QUÉ CONDICION PUEDE RESPETARSE EL PASADO

Tal cual ha existido en España, tal cual existe en el Thibet, el monaquismo es para la civilizacion una especie de tisis, que embarga y corta la vida á los individuos, y tambien á la sociedad, contribuyendo poderosamente, de un modo directo é indirecto, á despoblar el país en que él extiende sus estragos. Enclaustracion, castracion. En Europa ha sido funesta plaga. Añádase á esto la violencia que de ordinario suele hacerse á las conciencias, las vocaciones forzadas, el feudalismo apoyándose en el claustro, la primogenitura, el mayorazgo relegando, al monaquismo todo el sobrante de la familia, las ferocidades de que acabamos de hablar, los *in pace*, las bocas cerradas, los cerebros murados, tantas inteligencias agostadas y encerradas en los calabozos de los votos eternos, la toma

de hábito, la profesion, es decir el entierro de almas vivientes. Añádanse aún los suplicios individuales á las degradaciones nacionales, y, quienquiera que seáis, no podréis ménos de estremeceros ante la capucha y el velo, esos dos sudarios de invencion humana.

Y sin embargo, en ciertos países, en ciertos lugares, en despecho de la filosofia, en despecho del progreso, el espíritu claustral persiste aún en pleno siglo diez y nueve, y una singular y extravagante recrudescencia ascética asombra en este momento al mundo civilizado. La pertinacia que las instituciones envejecidas muestran en perpetuarse se parece á la obstinacion del rancio perfume que reclamara nuestra cabellera, á la pretension del pescado corrompido que se empeñara en que le comieran, á la persecucion del traje de niño que quisiera vestir al hombre, y á la ternura de los cadáveres que viniesen á abrazar á los vivos.

¡Ingratos! dice el traje. Yo os protegí en el mal tiempo. ¿Por qué ahora ya me habéis de rechazar? Yo vengo ó vine, del mar, dice el pescado. Yo fui rosa, dice el perfume. Yo os he amado, dice el cadáver. Yo os he civilizado, dice el convento.

Esto sólo tiene una respuesta : Antaño.

Soñar con la prolongacion indefinida de las cosas muertas y con el gobierno de los hombres por embalsamamiento, restaurar los dogmas en mal estado, redorar las urnas de las reliquias, revocar los claustros, rebendecir los relicarios, restaurar las supersticiones, reconfortar los fanatismos, renovar el mango al hisopo y el pomo á la espada, reconstituir el monaquismo, creer en la salvacion de la sociedad por la multiplicacion de los parásitos, imponer el pasado al presente, parece una cosa bastante extraña. Y sin embargo, hay teóricos para tales teorías. Estos teóricos, quienes por otra parte no carecen de ingenio, emplean un procedimiento muy sencillo ; aplican sobre el pasado una

capa de barniz que ellos llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto á nuestros ascendientes, autoridad antigua, santa tradicion, legitimidad, religion; y gritan por todas partes: ¡ Ya lo ven ustedes! es preciso que los hombres de bien respeten todo esto. — Los antiguos conocian ya esta misma lógica. Los arúspices la practicaban. Frotaban con jreda una ternera negra, y decian: Es blanca. *Bos cretatus*.

Por lo que hace á nosotros, respetamos en gran parte y perdonamos en todas al pasado, con tal que él consienta ya en declararse muerto. Si aún se obstina en vivir, le atacaremos y trataremos de matarle cuanto ántes.

Supersticiones, mojigatez, santurronería, hipocresía, preocupaciones, todas estas fantasmas, estas larvas, con ser larvas y todo, son sin embargo tenaces á la vida; tienen dientes y uñas en su negro ideal; y es preciso comprimir las cuerpo á cuerpo, á brazo partido, y hacerlas la guerra, pero guerra sin tregua ni respiro; pues una de las fatalidades de la humanidad es el verse condenada al eterno combate contra las fantasmas. Es cosa difícil el asir á la sombra por el cuello y dar con ella en tierra.

Un convento en Francia, en la segunda mitad del siglo diez y nueve, es un colegio de buhos haciendo frente á la luz. Un claustro, es flagrante delito de ascetismo en medio de la ciudad de 1789, de 1830 y de 1848, Roma ostentándose en París, es un anacronismo. En tiempos ordinarios, para disolver un anacronismo y hacerle desvanecer, no hay más que obligarle á deletrear el milésimo del año. Pero no nos hallamos en tiempos ordinarios.

Combatimos.

Combatimos, sí, pero distinguimos. Es propio de la verdad el no ser nunca excesiva. ¿ Necesita ella acaso exagerar? Hay lo que conviene destruir, y hay lo que buenamente conviene esclarecer y considerar. ¡ Cuán grande es la fuerza

del exámen benévolo y grave! No llevemos la llama allí donde basta con la luz.

Por consiguiente, una vez dado el siglo diez y nueve, como dato inconcuso y decisivo, somos contrarios, en tésis general, y en todos los pueblos, en Asia como en Europa, en la India como en Turquía, al ascetismo claustral. Quien dice convento dice pantano. Su podredumbre es evidente, su estagnacion malsana, su fermentacion enferma á los pueblos y los enerva; su multiplicacion los convierte en una verdadera plaga de Egipto. No podemos pensar sin cierto terror en esos países donde los fakires, los bonzos, los santones, los caloyers, los marabouts, los talapuinos y los dervises pululan hasta el extremo de producir la comezon verminosa.

Dicho esto, la cuestion religiosa subsiste. Esta cuestion tiene ciertas fases misteriosas, casi formidables. Séanos, pues, permitido considerarla fijamente.

vierte en pobre. Lo que posee, se lo da á todos. El que era lo que se llama un noble, un hidalgo, un señor, es igual al que era un simple campesino. La celda es idéntica para todos. Todos sufren igual tonsura, llevan la misma capucha, comen el mismo pan negro, duermen sobre la misma paja, mueren sobre la misma ceniza. La misma cuerda en la cintura, el mismo saco á la espalda. Si la regla prescribe que lleven los piés desnudos, todos van descalzos. Entre ellos puede haber un príncipe, pero este príncipe es la misma sombra que los otros. Allí no se reconocen títulos. Hasta los nombres de familia desaparecen. Todos se hallan sometidos á la igualdad de los nombres de pila. Han disuelto la familia carnal, y constituido en el claustro la familia espiritual. Sus únicos parientes son todos los hombres. Socorren á los pobres, asisten á los enfermos. Eligen á aquellos á quienes despues prestan ciega obediencia. Llámense unos á otros : hermano.

Me detenéis aquí sin duda y exclamáis : — ¡Pero ese es el convento ideal!

Basta que sea el convento posible, para que deba yo tenerle en cuenta.

De aquí procede que, en el libro anterior, he hablado de un convento con acento respetuoso. Descartada la edad média, descartada el Asia, reservada la cuestion histórica y política, bajo el punto de vista filosófico puro, fuera de las necesidades de la política militante, con la condicion de que el monasterio sea absolutamente voluntario y no encierre sino verdaderos consentimientos, yo consideraré siempre á la comunidad claustral con cierta gravedad atenta, y bajo ciertos aspectos, con deferencia. Donde hay una comunidad, hay una sociedad comunal, un concejo, un municipio, y donde está todo esto, está el derecho. El monasterio es el producto de la fórmula : Igualdad, Fraternidad. ¡Oh! cuán grande es la libertad! y qué espléndida transfigura-

IV

EL CONVENTO BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LOS PRINCIPIO

Varios hombres se reunen y habitan en comun. ¿ En virtud de qué derecho? en virtud del derecho de asociacion.

Se encierran en su casa. ¿ En virtud de qué derecho? en virtud del derecho que tiene todo hombre de abrir ó cerrar su puerta.

No salen. ¿ En virtud de qué derecho? en virtud del derecho de ir y de venir, el cual implica el derecho de quedarse en casa.

Pero allí, encerrados en su casa, ¿ qué es lo que hacen?

Hablan en voz baja; bajan tambien los ojos; trabajan. Renuncian al mundo, á las ciudades, á la sensualidad, á los placeres, á la vanidad, al orgullo, á los intereses. Vistense de lienzo grueso ó de gruesa lana. Ninguno de ellos posee nada en propiedad. Al entrar allí, el que era rico se con-